

Antonio Scurati

El padre infiel

Traducción de Xavier González Rovira

Primera edición, 2015
Título original: *Il padre infedele*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2013 by Antonio Scurati
Published by arrangement with Marco Vigeani & Associati Agenzia Letteraria
Spanish translation copyright © 2015 by Libros del Asteroide

© de la traducción, Xavier González Rovira, 2015
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-21-4
Depósito legal: B. 1.590-2015
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de cubierta: Jordi Duró
Diseño de colección: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

*A los nuevos padres, quienes, desarmados,
están aprendiendo la ternura de las cunas.*

Índice

Prólogo	11
PRIMERA PARTE	
La edad adulta	17
El animal en olor de felicidad	22
En el principio fue la misoginia	27
La variedad de los quesos	30
Domingos a solas	37
Los salmones	43
La habitación humilde	47
Las elipsis de una vida en común	50
SEGUNDA PARTE	
Pioneros de un mundo nuevo	57
Niños que ríen, padres que hablan	66
Velando armas	73
La luz de neón del mundo	78
El expolio del nombre	87
Altas	92
TERCERA PARTE	
Los nazis del sueño	99

Cosas más antiguas que el mundo	107
Demonios	111
La primera estrella	115
La nuca de mi esposa	122
El segundo sexo	125
Vida secreta de un padre y su hija	130
Demonios	137
Las terminales de Occidente	140
CUARTA PARTE	
El cazador negro	151
Grandes alivios y tragedias minúsculas	156
Demonios	162
Nana partisana	166
Equinoccio de primavera	174
Noches en blanco	180
El séptimo día de la Creación	186
Niños de marca	193
Última Thule	199
Demonios	207
Fin de carnaval	210
Un héroe de los tiempos modernos	216
Lo que queda	222
Epílogo	231
Agradecimientos	233

Prólogo

Ayer por la mañana, de improviso, mi mujer rompió a llorar en la cocina. Eran las diez en punto. Lo sé porque el reloj musical de pared, colgado justo al lado de la campana extractora, acababa de dar la hora reproduciendo el canto enlatado del pájaro carpintero. Un sonido inconfundible, casi idéntico a una carcajada prolongada.

En ese preciso instante, como si hubiera convenido una señal con un director de cine oculto, Giulia rompió en un llanto convulso. Durante larguísimos segundos sería completamente inútil preguntarle cuál era el motivo. Por otro lado, me abstuve de hacerlo. Mi mente, al principio indecisa entre las dos líneas rítmicas, el llanto y el repiqueteo del pájaro, se decantó de inmediato por la segunda. De manera que sintonicé con el sonido emitido por el pico de escoplo mientras, para delimitar su territorio, tamborileaba sobre las ramas muertas.

Giulia, entre tanto, sollozaba con aquella apnea que yo siempre había considerado patrimonio exclusivo de la infancia. ¿Sabéis cuando los niños lloran hasta faltarles el aliento, abocando a los padres a un breve intervalo

de terror culposo? Esa apnea chantajista la había observado algunas veces en Anita, nuestra niña de tres años, y siempre me había parecido una versión embrionaria y benigna del suicidio demostrativo: el mundo —es decir, mi madre y mi padre— ha sido cruel conmigo y yo, de forma ostensible, les devuelvo la moneda quitándome la vida por autoahogamiento.

Pero Giulia es una persona seria, siempre lo ha sido, y yo la he querido también por eso. Por desgracia, no estaba actuando. De los dos, el más melodramático soy yo. Tras unos instantes más de llanto sincopado, agotada, dijo: «Quizá no me gustan los hombres».

La cocina se llenó de repente. El aire estaba tan preñado de significados recónditos, probablemente destinados a no revelar nunca del todo su propio enigma, que parecía no quedar más espacio para nosotros dos. Uno se movía a duras penas en ese ambiente cargado del sentido arcano de nuestras existencias, y yo permanecía inmóvil, como se aconseja a quien, en mar abierto, tiene que enfrentarse a un tiburón. Fingía ser un ente inanimado —boa, tronco hueco, derrelicto— para desalentar el ataque mortal.

Ahora a mí también me costaba respirar. No te muevas, si puedes no respire, me repetía. Ahora lo único que podía hacerse era pensar. Eso hice. Lo primero que pensé fue: gracias a Dios, por fin me habla. El segundo pensamiento también me procuró un gran alivio: gracias a Dios, soy inocente.

De hecho, me parecía clarísimo que la confesión de mi mujer, parecida a una solemne señal de la cruz, trazada en el aire asfixiante de nuestra cocina mediante la violencia sonora de solo seis palabras —«quizá no me gus-

tan los hombres» — me absolvía de cualquier culpa, pasada, presente y futura, que pudiera tener como padre infiel. Indulgencia plenaria. Tan solo con el tercer pensamiento me sacudí ese espejismo, preguntándome qué era en realidad lo que Giulia había pretendido decir. Me concedí un breve paréntesis para formular hipótesis.

Primera hipótesis. Si no eran los hombres, ¿acaso a Giulia le gustaban las mujeres? Lo descarté de inmediato. Y no por un orgullo viril mal entendido, sino porque esa tesis novelesca concordaba mal con el realismo doméstico de las crisis conyugales. Por una vez intentaría ser también yo una persona seria: no iba a refugiarme, por tanto, en la teatralidad. Aceptaría rendir cuentas con el banal prosaísmo de la vida de todos los días, la que discurre por capilaridad desde el corazón de un universo aburrido por la multitud de nuestras insatisfacciones cotidianas.

Segunda hipótesis. ¿Podía ser que Giulia hubiera confesado su propia misantropía? ¿No le caía bien la humanidad? También lo descarté de inmediato. Seriedad, se requería seriedad. Y ninguna sarcástica autoindulgencia.

Arrinconado por tanto el sarcasmo —esa enfermedad pandémica del espíritu contemporáneo— sentí por fin comprensión hacia esa mujer que lloraba en la cocina, la mujer a la que antaño amé y a la que siempre desearía lo mejor. Entonces me levanté y la acaricié. Le acaricié la cara igual que hacen la madres, no la cabeza, como hacen los padres.

Iluminado por la piedad de ese gesto, encontré respuesta al interrogante anterior: llorando, dudando de sí misma, generalizando, Giulia me había comunicado de

forma inequívoca que ya no le gustaba ese hombre que se sentaba frente a ella en nuestra cocina. Se trataba de eso. Sí, se trataba exactamente de eso. ¿Cómo llevarle la contraria?

Era el 30 de septiembre del año 2011. Llevábamos aún camisetas de verano de manga corta a causa de la persistencia fuera de temporada en el norte de Italia de una borrasca africana; el presidente del Gobierno estaba siendo investigado por incitación a la prostitución de menores, y el diferencial entre la deuda pública y el bono alemán había roto el techo de los quinientos puntos básicos. Dentro de pocos minutos, cumplida la undécima hora de la mañana, la lechuza relevaría al pájaro carpintero en el cuadrante de nuestro reloj de pared.

En ese momento, mi esposa Giulia y yo hacía ocho años que nos conocíamos; nos queríamos desde hacía siete (a decir verdad, siete yo y ella seis), llevábamos cinco de compromiso oficial, cuatro de casados, y hacía tres que éramos madre y padre de nuestra hija. Ahora, no obstante, ya no había nada que hacer. Todo había sucedido ya y habíamos fracasado en nuestra misión. En cuanto marido y mujer, ya no nos quedaba más que decidir si vivir o morir por algo en lo que, de todas formas, ya no creíamos.

PRIMERA PARTE

La edad adulta

Eran las nueve de una mañana cualquiera a mediados de los años noventa y estaba a punto de defender mi tesis de licenciatura en filosofía. De pie en el pasillo de un edificio de quinientos años, esperaba ansiosamente la llegada del profesor, teniendo en mis manos un gran volumen de seiscientas páginas encuadernado en piel sintética que me había costado dos años y medio de trabajo. El profesor llegaba con retraso, yo esperaba, la espera tenía el fervor de una oración.

Ya en el primer año de estudiante me había encaprichado del profesor de estética que, entre la grisura universal, impartía cursos valientes y soñadores sobre los grandes sistemas. Sus títulos altisonantes aún resonaban en las paredes desconchadas de aquellas antiguas salas: «La belleza nos salvará», «Nietzsche contra Wagner», «Baudelaire, poeta de la modernidad». El profesor había sido una promesa de la filosofía occidental, el catedrático más joven de su generación. Pero entonces, justo cuando había cruzado yo la órbita descendente de su estrella, el erudito brillante se había librado como una serpiente de su vieja piel. La muda lo había convertido

en un invitado permanente de los platós de televisión. Agitar los grandes temas de la cultura europea del último siglo le había servido como campo de entrenamiento para los *talk shows* nocturnos. A pesar de todo ello, yo había permanecido fiel a ese primer amor.

El profesor llegó por fin. Avanzaba más aburrido que cansado por el pasillo. Era alto, descoyuntado, macilento. Una banda de pelo largo, grasiento, le coronaba la calvicie. Me alcanzó. «Te pedí que escribieras una introducción en la que resumieras de forma clara y exhaustiva todo el trabajo —susurró con voz airada—; en cambio, has cocinado tres paginitas que explican por qué tu tesis no es susceptible de tener una introducción.» El filósofo movía la cabeza contrariado, mientras yo observaba el burbujeo de saliva que le estallaba en las comisuras de la boca. Un paso atrás, su ayudante seguía la escena de reojo. Todavía era joven pero ya tenía un aspecto encorvado, apocado, servil, intrigante, cumplidor del deber y con una orgullosa e imperiosa mediocridad. En pocos años llegaría a ser decano de la facultad. Al subalterno le complacía esa escena, estaba seguro. Noté que se frotaba las manos cruzadas por debajo del pecho, como si acariciara el fantasma de un perro faldero.

—Venga, de prisa —me conminó, al final, el filósofo con aire sarcástico—, sugiéreme tú las tres preguntas que tendré que formularte durante la discusión.

Por fin comprendí, me vi obligado a comprender. Mi ídolo no había leído ni una sola línea de las diecinueve mil doscientas que había escrito. No, ninguna belleza

iba a salvarnos. Todavía no había franqueado el umbral de la sala donde me licenciaría, pero ya había hecho mi entrada en la edad adulta. En ese momento no había mujeres junto a mí, solo conocidas sin importancia, amantes interinas, pasajeras. Fuera, mientras tanto, había comenzado a llover. En los claustros caía un calabobos.

Después de defender mi tesis de licenciatura salí de la sala de profesores: eran las 9.45 de la mañana, era un licenciado en filosofía y fuera de los antiguos muros de la universidad eran los años noventa, deslumbrantes con una luz turbia como un diamante sin pulir. El fin de siglo no prometía nada e iba a mantener su promesa. Pensando en ello casi veinte años más tarde, mi decisión de entonces me parece ahora ineludible. Tras muchos esfuerzos, acababa de conseguir una licenciatura en filosofía con una tesis desmesurada sobre la muerte del arte en Hegel y, apenas un instante después, ya había asumido las consecuencias de esa tesis decidiendo dedicarme al arte culinaria. Mi aventura con la filosofía terminaba allí.

Por supuesto, siendo hijo de un chef que me había enseñado el oficio desde niño, estaba predispuesto a tomar ese rumbo, pero no era el único que había alcanzado esas conclusiones: en toda Europa, precisamente en esos años, la filosofía, la pintura y la literatura estaban cediendo terreno a la gastronomía. Dondequiera que uno posara la mirada, pronto encontraría a alguien que cortando salami proclamaría: «¡Yo hago cultura!». Solo unos pocos años antes habría parecido imposible que entre Platón y el huevo escalfado —y eso sí, trufado— fuera el segundo el que asumiera el lide-

razgo cultural. Sin embargo, eso es lo que iba a pasar. Al cabo de poco tiempo, el supremo placer intelectual se postraría ante el flan con cardos y el placer de los sentidos se haría cerebral extraviándose en especulaciones infinitas. Unos años después nos descubriríamos más pobres que nuestros padres, pero tampoco esto invertiría la tendencia. Al otro lado de las cristaleras de los restaurantes, el pueblo seguiría atiborrándose de comida basura y soñando con el tartar de conejo en vez de con la revolución.

En definitiva y bien mirado, al preferir la gastronomía a la filosofía, me había limitado a nadar a favor de la corriente del fin del milenio.

Debo admitir que para contar esta historia desde el principio, determinado a remontarme a mis inicios en la edad adulta, a los prolegómenos del padre y del esposo en que ahora me he convertido, he tenido que sacar del cajón el álbum de los recuerdos.

De los años de estudio en la universidad conservo tan solo dos fotografías. Ahora las tengo ante mí, en una mesa recogida de mi restaurante desierto. Reposan plácidamente en el horario de cierre, emparejadas y semejantes. De hecho reproducen el mismo lugar, aunque fotografiado en diferentes momentos.

Lo que se ve en la primera imagen, la mayor, la más profesional, es el patio central del antiguo Hospital de los Pobres, llamado Ca' Granda. Aparece sin vida, ligeramente oscurecido por la niebla, perfecto en su elegancia renacentista. Lo mandó construir Francesco Sforza como agradecimiento a Dios por la conquista del Du-

cado de Milán y lo diseñó Filarete. Su primera piedra fue colocada solemnemente el 12 de abril de 1456. Lo completaron los siglos siguientes, también gracias a donaciones de los ciudadanos de Milán. Durante la segunda guerra mundial fue destruido por los bombardeos aliados angloamericanos. Pronto fue reconstruido y se convirtió en universidad.

En la mesa número tres, una mesa de la esquina, tengo otra fotografía del mismo patio. Esta segunda imagen, tomada por un aficionado, está levemente desenfocada, movida, sobreexpuesta. Aparece un chico, seguido por sus compañeros, mientras invade el césped central del claustro mayor, estrictamente prohibido por un seto hasta ese momento infranqueable. Los estudiantes acaban de ocupar la universidad. Es 1990. Es la última ocupación de una larga y cansada serie histórica. Ese movimiento de protesta fue bautizado como «La Pantera». En algún lugar del Lazio, una pantera se ha escapado de un circo internándose en el bosque. La pantera somos nosotros.

Aunque reproduzcan el mismo lugar, las dos imágenes aparecen como profundamente ajenas entre sí. La única cosa que realmente tienen en común es la Torre Velasca, el majestuoso rascacielos invertido edificado en 1956, con la base en el cielo y la cima abajo, en una zona del centro de Milán, también devastada por las bombas angloamericanas. En 1990, cuando el estudiante de la fotografía se apodera alegremente de la universidad junto con sus compañeros irrumpiendo en un césped prohibido, la torre invertida extiende su sombra sobre ellos. Un hongo atómico petrificado. La Torre Velasca somos nosotros.